



RICHARD BRANSON

Fundador del grupo Virgin

PERDIENDO LA VIRGINIDAD

Cómo he sobrevivido, me he divertido y he ganado dinero
haciendo negocios a mi manera

Prólogo de *Xavier Gabriel*



alienta

Richard Branson

Perdiendo la virginidad

Cómo he sobrevivido, me he
divertido y he ganado dinero
haciendo negocios a mi
manera

Traducido por Ramon Vilà



SUMARIO

PRÓLOGO DE XAVIER GABRIEL.....	11
PRÓLOGO DEL AUTOR. «A LA MIERDA. HAGÁMOSLO.»	15
1. «UNA FAMILIA CUYOS MIEMBROS HABRÍAN MATADO UNOS POR OTROS».....	29
2. «UNA DE DOS, O IRÁS A LA CÁRCEL O SERÁS MILLONARIO»	49
3. VÍRGENES EN LOS NEGOCIOS	65
4. «PUEDO PROBAR CUALQUIER COSA AL MENOS UNA VEZ».....	93
5. UNA LECCIÓN QUE APRENDER	107
6. «SIMON CONVIRTIÓ VIRGIN EN LO MÁS HIP».....	119
7. «SE LLAMA TUBULAR BELLS. NUNCA HABÍA ESCUCHADO NADA PARECIDO»	131
8. «SER LA SEGUNDA OPCIÓN NO VALE NADA»	145
9. «NEVER MIND THE BOLLOCKS».....	155

10. «HABÍA PENSADO MUDARME CONTIGO»	165
11. VIVIENDO AL LÍMITE	175
12. «EL ÉXITO PUEDE LLEGAR SIN AVISAR»	195
13. «PARA HACERLO TENDRÁS QUE PASAR POR ENCIMA DE MI CADÁVER»	203
14. LOS HIJOS DE LAKER	219
15. «ERA COMO ESTAR ATADO A UN INMENSO MARTILLO NEUMÁTICO»	229
16. EL GLOBO MÁS GRANDE DEL MUNDO	245
17. «ERA CASI SEGURO QUE IBA A MORIR»	257
18. «ABSOLUTAMENTE TODO ESTABA EN VENTA»	273
19. LA PREPARACIÓN PARA EL SALTO	281
20. «¿QUIÉN DEMONIOS SE HA CREÍDO QUE ES ESE RICHARD BRANSON?»	295
21. «TENDRÍAMOS ALGO ASÍ COMO DOS SEGUNDOS PARA DECIR NUESTRAS ÚLTIMAS ORACIONES»	315
22. TURBULENCIAS AÉREAS	335
23. JUEGO SUCIO	347
24. EL LUCHADOR DE LA PRIMERA HABITACIÓN	357
25. «DEMANDA A ESOS CABRONES»	365
26. BÁRBAROS EN LA PUERTA DE EMBARQUE	377
27. «ME ESTÁN LLAMANDO MENTIROSO»	381
28. VICTORIA	401
29. TERRITORIO VIRGIN	421
30. DIVERSIDAD Y ADVERSIDAD	439
31. CAMBIOS	515
32. ALTOS VUELOS	555
33. REGRESO AL FUTURO	605

1. «UNA FAMILIA CUYOS MIEMBROS HABRÍAN MATADO UNOS POR OTROS» 1950-1963

Mi infancia se me aparece ahora como un período brumoso, pero hay varios episodios que destacan dentro de ella. Recuerdo que mis padres nos planteaban retos constantemente. Mi madre estaba decidida a convertirnos en personas independientes. Cuando yo tenía cuatro años, ella detuvo el coche a unos kilómetros de nuestra casa y me hizo buscar el camino de regreso por mí mismo entre los campos. Me perdí. El primer recuerdo de mi hermana Vanessa es que la despertaron antes de la salida del sol una mañana de enero porque mamá había decidido que yo fuera en bicicleta hasta Bournemouth aquel día. Mi madre me preparó un paquete con bocadillos y una manzana y me dijo que buscara agua por el camino.

Bournemouth estaba a ochenta kilómetros de nuestra casa en Shamley Green, en el condado de Surrey. Yo tenía menos de doce años, pero mi madre pensó que eso me enseñaría la importancia de la resistencia y del sentido de la orientación. Recuerdo que me puse en camino cuando aún era de noche, y tengo el vago recuerdo de haber pasado la noche con un familiar. No tengo ni idea de cómo encontré su casa ni de cómo regresé desde Shamley Green

al día siguiente, pero sí recuerdo que entré en la cocina como un héroe victorioso, sintiéndome muy orgulloso de mi maratoniana excursión en bicicleta y esperando una gran bienvenida.

—Bien hecho, Ricky —me saludó mi madre cuando entré en la cocina, donde estaba cortando cebolla—. ¿Lo has pasado bien? ¿Puedes acercarte a casa del pastor? Quiere cortar un poco de leña y le dije que llegarías en cualquier momento.

Nuestros retos tenían un carácter más físico que académico, y pronto empezamos a ponérselos nosotros mismos. Uno de mis primeros recuerdos es de cuando aprendí a nadar. Yo tenía cuatro o cinco años y habíamos ido a pasar las vacaciones en Devon con las hermanas de mi padre, la tía Joyce, la tía Wendy y el marido de Wendy, el tío Joe. Yo le tenía un cariño especial a la tía Joyce, y al comienzo de aquellas vacaciones ella me apostó diez chelines a que yo no sería capaz de aprender a nadar en aquellos quince días. Me pasé horas en el mar tratando de nadar contra las olas gélidas, pero llegó el último día y seguía sin saber nadar. Sólo sabía chapotear en el agua sin dejar de tocar con un pie. Me arrojaba hacia delante y me hundía bajo las olas antes de salir de un salto a la superficie tratando de no tragar agua salada.

—No te preocupes, Ricky —dijo la tía Joyce—. Siempre hay otro año.

Pero yo estaba resuelto a no esperar tanto tiempo. La tía Joyce había hecho una apuesta conmigo, y dudaba de que se acordara al año siguiente. El último día de las vacaciones nos levantamos pronto, cargamos el equipaje en el coche y nos preparamos para el viaje de doce horas en coche hasta nuestra casa. Las carreteras eran estrechas; los coches eran lentos, y hacía calor. Todo el mundo tenía ganas de llegar a casa. Pero mientras conducíamos vi un río.

—Papi, ¿puedes parar el coche un momento, por favor? —dije.

Aquel río era mi última oportunidad: estaba seguro de que podía nadar y ganar los diez chelines de la tía Joyce.

—¡Para, por favor! —grité.

Papá miró por el retrovisor, redujo velocidad y se detuvo en la hierba de la cuneta.

—¿Qué ocurre? —preguntó la tía Wendy cuando todos salimos del coche.

—Ricky ha visto el río ahí abajo —dijo mamá—. *He wants to love a final go at swimming.*

—Pero ¿no estamos deseando llegar pronto a casa? —protestó la tía Wendy—. Es un viaje largo.

—Vamos, Wendy. Démosle una última oportunidad al chico —dijo la tía Joyce—. Después de todo, son mis diez chelines.

Me quité la ropa y bajé corriendo hasta el río en calzoncillos. No iba a ser yo quien se echara atrás si nadie cambiaba de idea. Para cuando llegué al borde del agua, tenía un poco de miedo. En mitad del río el agua iba deprisa, y las burbujas bailaban sobre las piedras. Encontré una zona de la orilla allanada por el ganado y me metí en la corriente. El barro se me metía entre los dedos. Miré atrás. El tío Joe, la tía Wendy, la tía Joyce, mis padres y mi hermana Lindi estaban ahí mirándome, las mujeres con vestidos floreados, los hombres con corbata y chaqueta deportiva. Papá estaba encendiendo su pipa con aire totalmente despreocupado; mamá me dirigía su habitual sonrisa de ánimo.

Reuní valor y salté contra la corriente, pero inmediatamente noté que me hundía, cortando el agua inútilmente con mis piernas. La corriente me empujaba de un lado a otro, tiraba de mis calzoncillos y me arrastraba río abajo. No podía respirar y empecé a tragar agua. Traté de alcanzar la superficie, pero no encontraba nada en que apoyarme. Di patadas y me revolví, pero no sirvió de nada.

Entonces mi pie encontró una piedra y empujé con fuerza hacia arriba. Regresé a la superficie y tomé una gran bocanada de aire. Eso me devolvió la seguridad, y me relajé. Tenía que ganar esos diez chelines.

Empecé a dar patadas más lentamente, extendí los brazos, y me encontré nadando en la superficie. Seguía cabeceando, pero de repente me sentí liberado: sabía nadar. No me importaba que

la corriente me arrastrara río abajo. Nadé victoriosamente hacia la corriente. Por encima de las burbujas y del rugido del agua podía oír los aplausos y los gritos de mi familia. Mientras yo describía un círculo irregular y regresaba nadando unos cincuenta metros más abajo, vi como la tía Joyce rebuscaba dentro de su bolso hasta encontrar su monedero. Salí del agua, pasé por encima de una zona de ortigas y subí corriendo hacia la carretera. Tenía frío, estaba cubierto de barro y sentía el picor producido por las ortigas, pero sabía nadar.

—Aquí tienes, Ricky —dijo la tía Joyce—. Bien hecho.

Miré el billete de diez chelines que tenía en la mano. Era grande, marrón y nuevo. Nunca antes había tenido tanto dinero en la mano: me parecía una fortuna.

—De acuerdo —dijo papá—. En marcha otra vez.

Sólo entonces vi que él también estaba empapado. Se había asustado y se había arrojado al agua detrás de mí. Me dio un gran abrazo.

No soy capaz de recordar un solo instante de mi vida en el que no sintiera el amor de mi familia. Habríamos matado unos por otros, y así sigue siendo. Mis padres se adoraban, y apenas escuché una mala palabra entre ellos en toda mi infancia. Eve, mi madre, era una mujer llena de vida que nos estimulaba a todos. Ted, mi padre, era una figura mucho más serena que leía el periódico fumando su pipa, pero ambos eran amantes de la aventura. Ted hubiera querido ser arqueólogo, pero su padre, juez del Tribunal Supremo, había querido que siguiera la tradición de los Branson y estudiara derecho. Durante tres generaciones los Branson habían sido abogados. Cuando Ted estaba en la escuela, mi padre contrató a un orientador laboral para que hablara con él sobre posibles carreras. Cuando supo que Ted quería ser arqueólogo, mi padre se negó a pagar la factura del orientador argumentando que no había hecho bien su trabajo. De modo que Ted fue a regañadientes a Cambridge para estudiar derecho, y siguió aumentando por su cuenta la colección de objetos antiguos y fósiles que llamaba su «museo».

Cuando estalló la segunda guerra mundial, en 1939, Ted se presentó voluntario al Staffordshire Yeomanry, un regimiento de caballería organizado por el colegio de abogados. Su regimiento luchó en Palestina, y Ted participó en la batalla de El Alamein en septiembre de 1942 y en las batallas posteriores en el desierto libio. Luego tomó parte en la invasión de Italia y luchó en Salerno y en Anzio. Antes de ir a la guerra, Ted había elaborado un código para que mis abuelos pudieran saber dónde se encontraba en cada momento: acordaron que en sus cartas a casa, el sótano sería el mundo y ciertos cajones de los armarios representarían ciertos países. Luego Ted escribía a casa y pedía a su madre que sacara sus viejos guantes de montar de la estantería de arriba a la izquierda del armario de la derecha, que había sido previamente identificado como Palestina. Como era de esperar, los censores nunca lo pillaron, y mis abuelos podían saber de ese modo dónde estaba.

Cuando Ted entró en el ejército, su tío Jim Branson se había hecho tristemente célebre por defender la idea de que la gente tenía que comer hierba. El tío abuelo Jim era propietario de una finca en Hampshire que finalmente había decidido repartir entre los arrendatarios para irse a vivir a Balham, que en 1939 era todavía un lejano suburbio de Londres. Estaba obsesionado con la idea de comer hierba, y *Picture Post* publicó un reportaje con una fotografía suya en su lavabo de Balham, donde tenía unas cubas en las que cultivaba hierba que luego convertía en paja. Siempre que le invitaban a comer, lo que ocurría cada vez con mayor frecuencia a medida que aumentaba su fama, se llevaba consigo un morral y comía hierba. En el ejército todos se reían de mi padre y le decían: «¡Tú debes de ser el hijo de Jim Branson! ¡Toma, aquí tienes un poco de hierba! Estás hecho todo un potro. ¿Cuándo tienen previsto castrarte?», y cosas por el estilo.

Ted negaba enérgicamente tener nada que ver con el tío Jim. Sin embargo, a medida que avanzaba la guerra, David Stirling creó el Servicio Aéreo Especial (Special Air Service, SAS), un regimiento de choque creado para operar tras las líneas enemigas. El SAS debía llevar poca carga, y pronto se supo que Jim Branson

estaba asesorando a David Stirling y a sus tropas de élite acerca de cómo vivir comiendo hierba y frutos secos.

A partir de entonces, siempre que le preguntaban a Ted: «¿Te llamas Branson? ¿Tienes algo que ver con Jim Branson?», él sacaba pecho y decía con orgullo: «Sí, de hecho, es mi tío. Es fascinante lo que está haciendo con el SAS, ¿verdad?».

En realidad, Ted disfrutó aquellos años lejos de casa, y le costó volver a los estudios de derecho cuando regresó a Cambridge. Unos años después, siendo un joven abogado, llegó un poco tarde a un cóctel en el que fue recibido por una bella rubia llamada Eve, que cruzó toda la sala hasta llegar donde estaba él, tomó una bandeja de salchichas con miel y le dijo: «La vía más rápida para llegar al corazón de un hombre es por el estómago. ¡Así que toma, prueba una de éstas!».

Parte de la energía de Eve Huntley-Flindt procedía de su madre Dorothy, que ostentó dos récords británicos: a la edad de 89 años, la abuela se convirtió en la británica más vieja en aprobar el examen avanzado de baile de salón latino, y a los 90 se convirtió en la persona más vieja que lograba hacer un hoyo en un solo golpe jugando al golf.

La abuela murió a los 99 años. Poco antes me había escrito que los diez últimos años habían sido los mejores de su vida. Aquel mismo año, mientras daba la vuelta al mundo en un crucero, el barco partió de Jamaica sin ella, que se quedó en tierra con sólo el traje de baño puesto. Incluso había leído *Breve historia del tiempo* (¡algo que yo aún no he conseguido!). Nunca dejaba de aprender. Su actitud era: sólo tienes una vida, así que sácale todo el partido que puedas.

Mamá había heredado la pasión de la abuela por el deporte y el baile, y a los doce años había aparecido en un musical del West End escrito por Marie Stopes, que más tarde se haría famosa por su aportación a la educación sanitaria de las mujeres. Más tarde, mamá casi se vio obligada a desnudarse para otra aparición en el escenario: bailar para *The Cochran Show* en el teatro de Su Majestad, en el West End. Los espectáculos de sir Charles Cochran

eran célebres por mostrar a las chicas más espectaculares de Londres, y porque se quitaban la ropa. Eran tiempos de guerra y el trabajo escaseaba. Eve decidió aceptar el trabajo con el argumento de que no era más que una diversión inocente. Como era de esperar, mi abuelo se opuso tajantemente y le dijo que subiría al escenario de Su Majestad y la sacaría de allí. Eve se lo explicó a sir Charles Cochran, quien le permitió bailar sin quitarse la ropa. Entonces, como ahora, ella era capaz de conseguir prácticamente cualquier cosa de la gente.

Eve comenzó a buscar otro trabajo, esta vez diurno, y se fue a Heston, donde había un club en el que enseñaban a los reclutas de la Real Fuerza Aérea (Royal Air Force, RAF) a planear antes de convertirse en pilotos. Pidió trabajo como piloto, pero le dijeron que esa clase de trabajos eran sólo para hombres. Sin echarse atrás por la respuesta, Eve fue a hablar con uno de los instructores, el cual finalmente cedió y le dio el trabajo en secreto, a condición de que se hiciera pasar por un chico. Y así fue como, pertrechada con una chaqueta de cuero, un gorro de piel para ocultar su pelo e impostando una voz masculina, Eve aprendió a planear y luego empezó a enseñar a los nuevos pilotos. En el último año de la guerra se unió a los Wrens como operadora de comunicaciones y fue destinada a la isla Negra, en Escocia.

Después de la guerra, Eve se convirtió en azafata de vuelo, que entonces era un empleo glamuroso. Las cualificaciones requeridas eran exigentes: debías ser guapa y soltera, tener entre veintitrés y veintisiete años, hablar español y tener formación como enfermera. Sin dejarse amilanar por el hecho de no hablar español ni tener formación como enfermera, mamá se ganó al portero nocturno del centro de reclutamiento y logró ingresar en el curso de formación para convertirse en azafata de la British South American Airways (BSAA). La BSAA operaba con dos tipos de aviones en sus vuelos entre Londres y Sudamérica: los Lancasters, con capacidad para trece pasajeros, y los Yorks, de hasta veintiún pasajeros. Aquellos aparatos tenían nombres maravillosos, como *Star Stream* [Río de Estrellas] y *Star Dale* [Valle de Estrellas], y las

azafatas eran conocidas como las «chicas estrella». Cuando el avión se dirigía hacia la pista de despegue, el primer cometido de mi madre consistía en ofrecer chicles, azúcar de cebada, algodón y libros de bolsillo Penguin, así como explicar a los pasajeros que debían sonarse la nariz antes de despegar y aterrizar.

Las cabinas no estaban presurizadas, y los vuelos eran auténticos maratones: cinco más hasta Lisboa, ocho horas hasta Dakar y, luego, catorce más para cruzar el océano hasta Buenos Aires. Para el tramo de Buenos Aires a Santiago, cambiaban el York por el más robusto Lancaster, y todo el mundo debía llevar máscaras de oxígeno al pasar por encima de los Andes. Cuando mi madre llevaba un año en la BSAA, la aerolínea fue adquirida por la British Overseas Airways Corporation (BOAC), y Eve comenzó a trabajar en aviones Tudor. *Star Tiger*, el primer avión en tomar aire rumbo a Bermudas, explotó en pleno vuelo. Su avión era el siguiente, y llegó sin novedad. Pero el avión que despegó después, el *Star Ariel*, se esfumó sin dejar rastro en el Triángulo de las Bermudas y se ordenó que todos los aviones Tudor quedaran en tierra. Más tarde se descubrió que sus fuselajes eran demasiado débiles para soportar la recién instalada presurización.

Para entonces, probablemente Ted había comprendido que si no se casaba pronto con Eve, para así inhabilitarla como azafata de vuelo, lo más probable era que desapareciera en algún punto sobre el Atlántico. Le propuso matrimonio durante un paseo en moto, y ella le gritó «¡sí!» con todas sus fuerzas para que el viento no se llevara la palabra. Se casaron el 14 de octubre de 1949, y yo fui concebido durante su luna de miel en Mallorca.

Mis padres siempre trataron a mis hermanas Lindi y Vanessa y a mí mismo como iguales, como personas cuyas opiniones eran tan justas y válidas como las suyas. Cuando éramos pequeños, antes de que llegara Vanessa, siempre que mis padres salían a cenar nos llevaban a Lindi y a mí con ellos en el asiento de atrás del coche, cubiertos con mantas. Dormíamos en el coche mientras

ellos cenaban, pero siempre nos despertábamos cuando arrancaban para regresar a casa. Lindi y yo nos quedábamos callados y mirábamos el cielo nocturno, escuchando a mis padres hablar y bromear acerca de la cena. Crecimos hablando con nuestros padres como si fueran amigos. Siendo niños, opinábamos sobre los casos legales de mi padre y discutíamos sobre asuntos tales como la pornografía o la legalización de las drogas mucho antes de que ninguno de los dos supiera realmente de qué estaba hablando. Mis padres siempre nos animaron a tener nuestras propias opiniones, y raramente nos daban consejo, salvo que nosotros se lo pidiéramos.

Vivíamos en un pueblo llamado Shamley Green, en Surrey. Antes de la llegada de Vanessa, Lindi y yo crecimos en Easteds, una casita de campo cubierta de hiedra que tenía unas pequeñas ventanas blancas y una puerta de postigos también blanca que daba a la plaza del pueblo. Yo era tres años mayor que Lindi, y nueve mayor que Vanessa. Mis padres tuvieron muy poco dinero durante nuestra infancia y, tal vez porque mi madre no estaba interesada en la cocina, o tal vez porque ahorrraba dinero, recuerdo haber comido mucho pan untado con salsa. Aun así, las tradiciones se mantenían y no se nos permitía levantarnos de la mesa hasta que terminábamos nuestros platos. También nos daban las cebollas que crecían en el jardín. Siempre las detesté, y las escondía en un cajón de la mesa. Este cajón nunca se limpiaba, y cuando nos cambiamos de casa diez años después fue abierto y aparecieron un montón de cebollas fosilizadas.

Lo que había en el plato durante las comidas no era tan importante como la compañía. La casa estaba siempre llena de gente. Para poder llegar a final de mes, mamá acogía a estudiantes alemanes y franceses que querían aprender inglés con una familia típica, y nosotros éramos los encargados de entretenerles. Mamá siempre nos tenía trabajando en el jardín, o bien ayudándola a preparar la comida y a recoger la mesa después. Siempre que me quería escapar, cruzaba corriendo la plaza del pueblo y le hacía una visita a mi amigo Nik Powell.

Al principio, lo que más me gustaba de Nik era que su madre preparaba unas natillas increíbles, de modo que después de pasarme una comida entera metiendo cebollas en el cajón de la mesa me escabullía hasta la casa de Nik, dejando a los alemanes tratando de hablar en inglés con mi familia, riéndose y echando una mano. Si lo calculaba bien, y ya procuraba yo hacerlo, llegaba justo cuando el pudín y las natillas estaban servidos en la mesa. Nik era un chico tranquilo, de pelo moreno y liso y ojos negros. Pronto comenzamos a hacerlo todo juntos: subirnos a los árboles, ir en bicicleta, cazar conejos y escondernos bajo la cama de Lindi para cogerla por el tobillo cuando apagaba la luz.

En casa, mamá tenía dos obsesiones: buscarnos algo que hacer en todo momento y no dejar de pensar en formas de ganar dinero. Nunca tuvimos televisión, y no creo que mis padres escucharan jamás la radio. Mamá trabajaba en un cobertizo del jardín haciendo cajas de madera para servilletas de papel y papeleras que luego vendía a las tiendas. Su cobertizo olía a pintura y a cola y estaba atestado de pequeñas pilas de cajas pintadas, a punto para ser enviadas. Papá era un hombre muy creativo y hábil con las manos, y diseñaba tornos especiales para sostener las cajas mientras la cola se secaba. Con el tiempo, mamá comenzó a suministrar sus cajas de servilletas a Harrods, y su negocio se convirtió en un pequeño taller artesanal. Al igual que en todo lo demás que hacía, mamá trabajaba como en un torbellino de energía al que resultaba difícil oponerse.

Había un gran ambiente de trabajo en equipo en la familia. Siempre que nos encontrábamos en la órbita de mi madre debíamos mantenernos ocupados. Si tratábamos de escabullirnos diciendo que teníamos otra cosa que hacer, nos decía en tono severo que éramos unos egoístas. Como resultado crecimos con la clara prioridad de pensar primero en los demás. Una vez vino a pasar el fin de semana un niño que no me caía demasiado bien. Durante la misa del domingo me escabullí de nuestro banco y fui a sentarme al lado de Nik. Mamá se puso furiosa. Cuando llegamos a casa le pidió a papá que me diera una buena zurra,

así que los dos fuimos diligentemente a su estudio y cerramos la puerta. Pero en lugar de enfadarse y abalanzarse sobre mí, mi padre sonrió.

—Ahora asegúrate de llorar de manera convincente —dijo, y dio seis ruidosas palmadas con las manos.

Salí corriendo de la habitación, berreando. Mamá me dirigió una severa mirada con la que quería darme a entender que aquello se hacía por mi bien, y siguió cortando cebollas resueltamente en la cocina (mi ración de las cuales fue a parar debidamente al cajón de la mesa durante el almuerzo).

El tío abuelo Jim no fue el único inconformista dentro de la familia: la irreverencia hacia la autoridad estaba presente en las dos líneas. Recuerdo que compramos una vieja caravana de gitanos que guardábamos en el jardín, y a veces se acercaba algún gitano a tocar nuestro timbre. Mamá siempre les daba algo plateado y les dejaba revolver por el granero por si encontraban algo que necesitaran. Un año nos llevaron a todos a la feria agrícola del condado de Surrey, que aún se celebra en Guildford. Aquello estaba lleno de jinetes con ropas chillonas y señores con abrigos de *tweed* y sombreros hongo. Cuando pasamos ante una de las paradas, mamá vio un grupo de niños gitanos llorando y fuimos a ver qué ocurría. Estaban todos apiñados alrededor de una urraca atada a una cuerda.

—La RSPCA* nos ha ordenado traer el pájaro para que lo sacrifiquen. Dicen que es ilegal tener pájaros salvajes —dijeron.

Mientras nos estaban explicando lo que ocurría, vimos a un agente de la RSPCA que venía hacia nosotros.

—No os preocupéis —dijo mamá—. Yo lo salvaré.

Cogió el pájaro y lo envolvió en su abrigo. Luego lo sacó del recinto ferial pasando junto a los oficiales. Los niños gitanos se reunieron afuera con nosotros y nos dijeron que nos quedáramos

* Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals [Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales]. (*N. del t.*)

con la urraca, porque a ellos los volverían a parar. Mamá estaba encantada, así que nos la llevamos en el coche cuando regresamos a casa.

La urraca adoraba a mamá. Se posaba sobre su espalda cuando ella estaba en la cocina o trabajando en su cobertizo, para luego lanzarse hacia el corral y molestar a los ponis posándose sobre sus lomos. Se lanzaba en picado sobre papá cuando se sentaba a leer *The Times* después del almuerzo, y revolvió las páginas hasta que quedaban todas esparcidas por el suelo.

—¡Maldito pájaro! —gritaba papá, agitando los brazos frente a él para que se alejara.

—Ted, levántate y haz algo útil —decía mamá—. Ese pájaro te está diciendo que deberías estar arreglando el jardín. Y vosotros, Ricky y Lindi, id a casa del sacerdote a preguntar si podéis ayudarle en algo.

Además de pasar las vacaciones de verano con la familia de papá en Salcombe, en el condado de Devon, también pasábamos temporadas en Norfolk, en casa de la hermana de mamá, Clare Hoare. Yo tenía decidido que de mayor quería ser como la tía Clare. Ella era una buena amiga de Douglas Bader, un piloto de la segunda guerra mundial que había perdido ambas piernas en un accidente de aviación. La tía Clare y Douglas tenían un viejo biplano con el que salían juntos a volar. A veces, la tía Clare se lanzaba en paracaídas desde el avión para divertirse. Fumaba unos veinte puritos al día.

Cuando estábamos en su casa, nadábamos en la represa de molino que había en el jardín. Douglas Bader se quitaba las correas de las piernas ortopédicas y se aupaba como podía hasta el agua. A menudo yo me escabullía con sus piernas de hojalata y las escondía entre los matorrales de la orilla. Y Douglas se izaba fuera del agua y arremetía contra mí: sus brazos y sus espaldas eran inmensamente poderosos, y era capaz de caminar con las manos. Mientras estuvo retenido como prisionero de guerra en Colditz, los nazis terminaron por requisarle las piernas después de dos intentos frustrados de fuga.

—Eres peor que los nazis —gritaba Douglas mientras me perseguía balanceándose como un orangután.

La tía Clare era tan emprendedora como mamá. Estaba obsesionada con las ovejas de montaña galesas, que entonces estaban en peligro de extinción, y compró unas cuantas ovejas negras de ésas para salvarlas. Acabó criando un gran rebaño y consiguió sacarlas de la lista de especies en peligro de extinción. Luego puso en marcha un negocio al que puso el nombre de The Black Sheep Marketing Company [Compañía de Marketing La Oveja Negra] y comenzó vendiendo cerámica decorada con imágenes de ovejas negras. Los boles con la estrofa de nana «Baa Baa Black Sheep» impresa en ellos comenzaron a venderse muy bien. Muy pronto, la tía Clare tuvo a todas las viejas del pueblo tejiendo chales y suéteres de lana negra para ella. Trabajó duro para construir la marca comercial The Black Sheep, y lo consiguió: más de cuarenta años después sigue adelante con fuerza.

Unos años después, en los primeros días de Virgin Music, recibí una llamada de la tía Clare: «Ricky, no te lo vas a creer. Una de mis ovejas se ha puesto a cantar».

En un primer momento no supe qué decir, aunque era justo la clase de salidas que cabía esperar de ella.

—Y ¿qué es lo que canta? —pregunté finalmente, mientras me imaginaba una oveja entonando «*come on, baby, light my fire*».

—«Baa Baa Black Sheep», por supuesto —replicó ella—. Quiero grabarlo. Es probable que las ovejas no quieran hacerlo en estudio, de modo que ¿podrías enviarme a unos cuantos técnicos? Y que se den prisa, porque podrían dejar de cantar en cualquier momento.

Aquella tarde un equipo de técnicos de sonido emprendió el camino hacia Norfolk con un estudio móvil y grabaron a las ovejas cantoras de la tía Clare. También grabaron a un coro completo de ovejas, patos y gallinas. Cuando lanzamos el *single Baa Baa Black Sheep*, llegó al número cuatro en las listas.

Mi amistad con Nik se basaba en el afecto, pero también incluía un importante elemento de competición. Yo estaba resuelto a hacerlo todo mejor que él. Un verano, a Nik le regalaron una bicicleta nueva por su cumpleaños. Inmediatamente decidimos jugar con ella a la «carrera del río», un juego en el que debías ir a toda pastilla cuesta abajo, frenar en el último momento y derrapar hasta pararte lo más cerca posible de la orilla del río. Era un juego muy competitivo, y yo odiaba perder.

Puesto que era su bicicleta, Nik se lanzó el primero. Hizo una derrapada muy respetable, y la rueda de atrás se detuvo a un palmo del agua. En general, Nik siempre me pinchaba para que hiciera cosas cada vez más extravagantes que él, pero esa vez trató de ponerme coto.

—Es imposible que lo hagas mejor —dijo—. Ha sido perfecta.

Yo no pensaba lo mismo. Estaba resuelto a hacer una derrapada mejor que la de Nik. Llevé la bicicleta cuesta arriba y me lancé hacia el río, pedaleando como un loco. A medida que me acercaba a la orilla se hizo evidente que iba descontrolado y que no tenía ninguna opción de frenar a tiempo. Por un instante atisé la boca abierta y la expresión horrorizada de Nik cuando pasé a toda velocidad a su lado. Traté de frenar, pero era demasiado tarde. Fui a dar en el agua dando una voltereta completa, y la bicicleta se hundió debajo de mí. La corriente me llevó río abajo, pero finalmente me las arreglé para salir a la orilla. Nik me estaba esperando, furioso.

—¡Has perdido mi bicicleta! ¡Era mi regalo de cumpleaños!

Estaba tan furioso que lloraba de rabia. Me empujó otra vez al agua.

—Ya puedes ir a buscarla —gritó.

—La encontraré —balbuceé—. No pasa nada. La encontraré.

—Ya puedes empezar a hacerlo.

Me pasé las dos horas siguientes zambulléndome en el río y revolviendo el barro, la maleza y las piedras del fondo tratando de encontrar su bicicleta nueva. No aparecía por ninguna parte.

Nik estaba sentado en la orilla, con las manos aferradas a las rodillas y mirándome furioso. Nik era epiléptico, y yo le había visto sufrir un par de ataques. Esperaba que aquel arranque de furia no terminara provocándole otro ataque. Pero al final, cuando ya sentía tanto frío que apenas podía hablar y mis manos estaban blancas, insensibles y llenas de heridas por escarbar entre las piedras del fondo del río, Nik se calmó.

—Vayamos a casa —dijo—. No la encontrarás jamás.

Fuimos caminando a casa y yo traté de animarle.

—Te compraremos otra —le prometí.

A mis padres no debió de hacerles mucha ilusión, porque la bicicleta costaba más de veinte libras, los ingresos de casi un mes de cajas para pañuelos.

Cuando teníamos ocho años, a Nik y a mí nos separaron al enviarme como interno a la escuela privada de primaria Scaitcliffe, en Windsor Great Park.

Mi primera noche en Scaitcliffe la pasé despierto en la cama, escuchando los ronquidos y los resoplidos de los demás niños del dormitorio y sintiéndome muy solo, desgraciado y asustado. En algún momento de aquella primera noche, supe que iba a vomitar. Fue tan rápido que no tuve tiempo de salir de la cama y correr hacia el baño; por lo que vomité sobre las sábanas. Llamaron a la matrona. En lugar de mostrarse comprensiva, como habría hecho mi madre, me reprendió y me obligó a limpiarlo yo mismo. Todavía recuerdo la humillación que sentí. Obviamente, mis padres pensaban que estaban haciendo lo correcto al mandarme allí, pero en aquel momento yo sólo podía sentir confusión y resentimiento hacia ellos, y un terrible miedo ante lo que me esperaba. En un par de días, un chico mayor del dormitorio se había encaprichado conmigo y me hacía meterme en su cama para jugar a «tocarse». El primer fin de semana que pasé en casa les conté a mis padres sin mucha floritura lo que había ocurrido bajo aquellas sábanas. Mi padre me dijo en tono sosegado:

—Es mejor no hacer esas cosas.

Y ésa fue la primera y la última vez que ocurrió un incidente de ese tipo.

Mi padre fue enviado a un internado a la misma edad que yo, y su padre antes que él. Era la forma tradicional de educar a un niño en mi contexto social, una tradición dirigida a cultivar la independencia y la autoconfianza, a enseñar al niño a ser alguien por sí mismo. Pero a mí me sentó muy mal que me enviaran lejos de casa a una edad tan temprana, y siempre he sido fiel a mi compromiso de no enviar a mis hijos a un internado hasta que tuvieran edad suficiente para decidir ellos mismos sobre la cuestión.

En mi tercera semana en Scitcliffe me enviaron al despacho del director, y éste me dijo que había roto cierta regla; creo que había pisado una zona de hierba sagrada cuando iba persiguiendo un balón de fútbol. Me hizo inclinarme y me dio seis golpes de vara en el culo.

—Branson —entonó después el director—. Di: «Gracias, señor».

Yo no podía creer lo que oía. ¿Gracias por qué?

—Branson. —El director volvió a levantar la vara—. Te lo advierto.

—Gracias..., señor.

—Ya veo que causarás problemas, Branson.

—Sí, señor. Quiero decir: no, señor.

Causé problemas, y los tuve constantemente. A la edad de ocho años seguía sin saber leer. En realidad, lo que ocurría es que era disléxico y miope. Por más que me sentara en la primera fila, era incapaz de leer lo que ponía en la pizarra. Sólo al cabo de un par de trimestres a alguien se le ocurrió que me hicieran una prueba de la vista. Pero incluso cuando empecé a poder verlos, los números y las letras no tenían ningún sentido para mí. La dislexia no era tratada como un problema en aquellos tiempos, o, dicho con más precisión, sólo era un problema si resultaba que el disléxico eras tú. Puesto que nadie había oído hablar de la dislexia, la incapacidad para leer, escribir o evitar las faltas de ortografía simplemente significaba que eras estúpido o perezoso

a ojos del resto de la clase y de los profesores. Y, en la escuela, ambas cosas eran motivo para ganarse una zurra. Al poco tiempo estaba recibiendo una o dos por semana, por no hacer las cosas bien en clase o por confundirme con la fecha de la batalla de Hastings.

Mi dislexia fue un problema durante toda mi vida escolar. En la actualidad, aunque mi ortografía sigue dejando que desear, he logrado superar la mayoría de mis dificultades aprendiendo a concentrarme. Y tal vez mis problemas tempranos con la dislexia me volvieran más intuitivo: cuando alguien me manda una propuesta por escrito, en lugar de analizar los datos y las cifras tengo tendencia a captar y desarrollar lo que leo a través de la imaginación.

Sin embargo, mi salvación vino de fuera de las aulas: resultó que era bueno en deportes. Es difícil sobrevalorar la importancia de los deportes en las escuelas privadas inglesas. Si eres bueno en deportes, eres un héroe en la escuela: los chicos mayores no se meterán contigo y a los maestros no les importará que suspendas todos tus exámenes. Yo me esforzaba intensamente en tener éxito en los deportes, seguramente porque era mi única opción de destacar. Llegué a ser capitán de los equipos de fútbol, *rugby* y *cricket*. Todos los días de competición me llevaba unas cuantas copas de carreras cortas y de salto de vallas. En 1961, justo antes de cumplir once años, logré ganar todas las carreras. Incluso me animé a probar el salto de longitud. Nunca antes había hecho un buen salto en esta disciplina, pero esta vez decidí probarlo. Corrí por la pista, despegué sobre la plancha de madera y volé por el aire. Cuando aterricé en la arena, el director vino hasta mí y me dio la mano: había establecido un nuevo récord de la escuela Scaitcliffe. Aquel día de verano nada podía salirme mal. Más tarde, mis padres y Lindi se sentaron bajo la carpa blanca y aplaudieron cuando fui a recoger todos los trofeos. Había ganado la Victor Ludorum. ¿A quién le importaba si no sabía leer? A mí no, eso seguro.

Un día del trimestre del otoño siguiente yo estaba jugando un

partido de fútbol contra otra escuela local. Le estaba dando mil vueltas al defensa que me marcaba, y tenía ya un gol en mi cuenta. Levanté la mano para pedir el balón, el cual me fue enviado con gran potencia, botando y alzándose por encima de mí y del defensor. Me di la vuelta, corrí tras el balón, lo controlé y me disponía a encarar la portería contraria cuando el defensa me atrapó y me hizo caer con una entrada lateral. Mi pierna quedó atrapada bajo su cuerpo al caer. Escuché un grito escalofriante y, por una fracción de segundo, creí que era él quien se había hecho daño... hasta que comprendí que era yo el lesionado. El defensa rodó para apartarse, y yo pude ver mi rodilla torcida en un ángulo horrible. Mis padres siempre nos habían enseñado a reír cuando nos hacíamos daño, de modo que, medio riendo, pero principalmente gritando, fui retirado del campo y puesto al cuidado de la enfermera, que me llevó inmediatamente al hospital. Mi agonía no terminó hasta que me pusieron una inyección. Me había hecho una grave fractura en el cartílago de la rodilla derecha, y tendrían que operarme.

Me pusieron anestesia general y perdí la conciencia. Cuando me desperté me encontré nuevamente en la calle. Seguía en una cama de hospital, y una enfermera sostenía un gota a gota sobre mi cabeza; pero mi cama, junto con unas cuantas más, estaba aparcada fuera del edificio del hospital. Pensé que era un sueño, pero la enfermera me explicó que se había producido un incendio durante mi operación y todos los pacientes habían sido evacuados a la calle.

Fui enviado a casa durante unos días para la recuperación. Tumbado en la cama, me pasaba el tiempo contemplando mis copas plateadas sobre la repisa. El médico me había dicho que no volvería a hacer deporte durante una larga temporada.

—No te preocupes, Ricky —dijo mi madre al irrumpir en la habitación después de que se fuera el doctor—. Piensa en Douglas Bader. Ni siquiera tiene piernas. Y juega al golf, va en avión y todo. ¿No querrás quedarte ahí en la cama sin hacer nada, verdad?

Lo peor de la lesión fue que puso inmediatamente de relieve mi pésimo expediente académico. Era de los peores en todas las materias, y estaba claro que no pasaría el examen común de admisión a la escuela secundaria privada.

Mis padres me enviaron a otra escuela, una academia de recuperación situada en la costa de Sussex que se llamaba Cliff View House. Allí no se practicaba deporte, para evitar que los niños se distrajeran de la ardua y, en la mayoría de los casos, infructuosa tarea de prepararse para el examen de admisión. Si no sabías escribir sin faltas, si no sabías sumar, si no eras capaz de recordar que el área de un círculo es π por radio al cuadrado, la solución era sencilla: te zurraban hasta que lo conseguías. De modo que me tocó aprender en un contexto de disciplina férrea, y acabé con el trasero morado. Tal vez fuera disléxico, pero eso no era ninguna excusa. La cuestión era que las cosas no me entraban. Y cuando daba la inevitable respuesta errónea, lo que tocaba era volver a intentarlo o recibir más azotes. Al final casi prefería los azotes, porque al menos eran rápidos.

No había deportes de ninguna clase más allá de correr un poco a primera hora de la mañana, y, además de por los errores cometidos en clase, uno recibía azotes casi por cualquier otra cosa, como, por ejemplo, no hacerse bien la cama, correr cuando se debería caminar, hablar cuando se debería estar callado o llevar los zapatos sucios. Había tantas cosas que se podían hacer mal que, aun teniendo presentes la mayoría de ellas, cualquier alumno daba por supuesto que todas las semanas recibiría algún azote por alguna oscura falta.

Mi único consuelo era la hija del director, Charlotte, de dieciocho años. Ella parecía haberse encaprichado conmigo, y yo estaba encantado de haberle llamado la atención entre todos los demás chicos. Pronto organizamos nuestra propia rutina de encuentros nocturnos. Cada noche me escapaba por la ventana de mi dormitorio y me colaba en su dormitorio en casa del director. Una noche, mientras escalaba de regreso hacia mi ventana, descubrí horrorizado que uno de los profesores me estaba observando.

A la mañana siguiente fui llamado al despacho del director.

—¿Qué estaba haciendo, Branson? —preguntó.

La única respuesta que fui capaz de dar fue la peor que podría haber dado:

—Regresaba a mi habitación desde el dormitorio de su hija, señor.

De forma nada sorprendente, fui inmediatamente expulsado, y a mis padres se les pidió que pasaran a recogerme al día siguiente.

Aquella noche, incapaz de pensar en ninguna otra forma de escapar de la ira de mis padres, escribí una nota de suicidio en la que decía que no era capaz de hacer frente a la vergüenza de mi expulsión. En el sobre escribí que no debía abrirse hasta el día siguiente, pero luego se lo di a un chico que sabía que era demasiado entrometido como para no abrirlo de inmediato.

Muy muy lentamente abandoné el edificio y caminé por los terrenos de la escuela en dirección a los acantilados. Cuando vi a un grupo de profesores y alumnos que corrían detrás de mí, frené aún más el paso para que pudieran atraparme. Al final lograron evitar que me arrojara y la expulsión fue cancelada.

Mis padres se mostraron sorprendentemente comprensivos en relación con todo el episodio. Mi padre incluso se mostró bastante impresionado por lo «muy guapa» que era Charlotte.